

*México* alcanza estos logros gracias a que los autores participantes, tal como lo confiesan las coordinadoras, han disfrutado por igual del “placer del relato” y del “deber de la interpretación” en la escritura de sus textos. Después de todo, ¿quién que se haya dedicado a la historia de la vida diaria no se ha sentido a veces obligado a callar y a dejar hablar al documento, bien por la extrañeza que nos causa lo allí referido, bien por lo único de la expresividad de su lenguaje, bien por la contundente síntesis de una mentalidad que intuimos representada en él? Sin ese sentimiento, sin la capacidad para entender que de vez en cuando hay que permitirse ese “gozo”, no se podría escribir adecuadamente esa historia, y aún el mejor intérprete de ese pasado sería poco menos que ilegible.

Iván Escamilla González

*Universidad Nacional Autónoma de México*

ANNE STAPLES, *Recuento de una batalla inconclusa: la educación mexicana de Iturbide a Juárez*, México, El Colegio de México, 2005, 472 pp. ISBN 968-12-1181-2

A lo largo de las primeras décadas del siglo XIX mexicano se postularon y desarrollaron diversos proyectos educativos. Sus historias —teñidas por un paradójico sentido que entrelazó el optimismo de la impronta ilustrada y la sostenida frustración acerca de su realización— son presentadas en este trabajo.

El periodo abordado comprende la primera mitad del siglo XIX —más exactamente de Iturbide a Juárez como se indica en el título del texto. En este lapso se desarrolló el “planteamiento” y la “puesta en práctica” de una serie de propuestas educativas. El nudo del trabajo está en advertir cómo aquellas propuestas se encarnaron en diferentes instituciones.

La organización del argumento está constituida por dos bloques vinculados con los estratos educativos a los que se hace referencia. Llama la atención que en primer lugar se coloque a la educación superior y, luego, a las primeras letras. Las razones de tal disposición están asociadas con ideas y prácticas propias de la época tratada: las primeras letras se reconocían como necesarias, pero los gastos y lucimientos más importantes estaban dirigidos a las esferas superiores de la educación.

En el marco de la denominada educación superior se incluyen actividades en torno de seminarios diocesanos, escuelas de medicina y academias militares. En éstas la tensión existente acerca de la supervivencia o el relegamiento del latín cobra un lugar destacado. Mientras que en el ámbito de las primeras letras se incluyen relaciones acerca de escuelas dependientes de órdenes religiosas, parroquias o ayuntamientos. Los establecimientos particulares también están presentes con las escuelas “amigas” o las vinculadas con la Compañía Lancasteriana.

En la lectura se aprecian problemas recurrentemente vividos por los hombres y mujeres involucrados en estos procesos. En el conjunto de la obra se distingue un persistente empeño por parte de los mexicanos del periodo por construir una y otra vez instituciones educativas. Estos esfuerzos, por motivos diversos (guerras, conflictos internacionales, disensiones políticas y crisis económicas), se vieron frustrados generación tras generación. Sin embargo, una y otra vez fueron ensayados. Situaciones que, por momentos, se presentan para el lector como repeticiones, pero cuya disposición permite apreciar escenarios que difícilmente se reconocerían de otro modo.

El estilo de redacción es claro y directo. Las referencias reiteradas que se mencionan — como las indicadas en el párrafo anterior — no responden a una narrativa que conduce al lector pacientemente a través del argumento. La autora no subestima a quienes la leerán.

El texto es acompañado por algunas ilustraciones que sirven para apreciar elementos que enriquecen las palabras. En ocasio-

nes se realizan esfuerzos por ahondar en contenidos semánticos propios de estas imágenes; sin embargo, tal intento es limitado. En no pocas de las reproducciones parecería que quedarán cosas por decir. Así como, en otro sentido, puede hacerse notar la ausencia de mapas o gráficas que permitan registrar el desarrollo regional de las instituciones en cuestión.

Uno de los principales méritos del trabajo está en el logro de una difícil articulación: información de las diversas áreas del periodo —que sin ser una presentación enciclopédica, es exhaustiva— en complemento a un análisis de la capital mexicana. Las distintas regiones del México tardío colonial o independiente tienen un lugar que no es secundario en esta narración. La combinación equilibrada de estos espacios es, quizás, un logro sólo posible de alcanzar con amplio conocimiento de fuentes y bibliografía. Tal labor se refleja en la diversidad y pluralidad de repositorios documentales relevados y analizados.

Otra de las constantes recurrencias del texto —que quien ha trabajado con registros pre-estadísticos debe reconocerla como resultado de arduas labores— es la atención prestada a la relación entre matrícula de alumnos y presupuestos institucionales. Las correspondencias deducidas de ambas variables brindan datos que, sin ser ésta una perspectiva cuantitativa, la acerca a ella.

Se presentan también cuidadas referencias acerca de la cultura material —edificios, mobiliario, útiles— y de prácticas cotidianas de estos establecimientos.

En el fragmento dedicado a las primeras letras llama la atención el acápite denominado “Un mundo poco académico”. Allí se describen las condiciones de vida y desarrollo de un conjunto poco homogéneo de actores. Maestros, mujeres, parteras y miembros del ejército son integrados en un análisis que, quizás, habrían merecido mayor detenimiento.

La conceptualización utilizada presenta algunas ausencias de precisión en relación con los términos primeras letras y educación

primaria. Creo que hay razones para diferenciarlos cronológicamente, ya que uno era común hasta la década de 1840 y el otro se utilizó más generalizadamente después. Otra cuestión se vincula con la relación entre los maestros de educación y los clérigos. Mientras que en parte del texto se señala la manifiesta animadversión por parte de los sacerdotes hacia el ejercicio de la enseñanza de las primeras letras, en algunos casos —por ejemplo las referencias a Chihuahua— no sólo se indica la sostenida participación de miembros del clero como maestros, además se insinúa su generalización a otros casos de México. Quizás la autora debió haber notado con mayor énfasis el hecho de que si bien la Iglesia como institución no estuvo celosamente dedicada a la enseñanza de las primeras letras, sí hubo individuos —tanto del clero secular como del regular— que por vocación o conveniencia lo hicieron.

Una nota cabe acerca de la conclusión de la batalla. Como literalmente se indica en el título ésta no finalizó en el periodo tratado; muchos de los procesos cobrarían un impulso renovador recién con el porfiriato. Tal sería el caso del normalismo, de la educación para las mujeres, de la organización de una estructura burocrática. Sin embargo, los procesos acaecidos durante las décadas de sesenta y setenta de la denominada República restaurada están soslayados.

Un libro de políticas y también creencias. El relato de la construcción de un deseo que, sin embargo, no alcanzó a cumplir sus metas. Sería con el correr de la segunda mitad siglo XIX que el Estado y los padres encontrarían motivos por los cuales, entonces sí, valía la pena invertir en educación. Con eso la paradójica relación presentada —según la cual hubo un franco optimismo en el desarrollo educativo y una constante frustración en sus alcances— comenzaría a ser resuelta.

José Bustamante Vismara  
*Universidad Nacional de Mar del Plata*  
*El Colegio de México*